



AMERICA LATINA FRENTE AL AÑO INTERNACIONAL DE LA ALFABETIZACION: LECCIONES DE LA EXPERIENCIA ECUATORIANA

Rosa María Torres

Este texto fue presentado por la autora, quien fue la Directora Pedagógica de la Campaña Nacional de Alfabetización "Monseñor Leónidas Proaño" del Ecuador, en ocasión de la ceremonia conmemorativa del 44º aniversario de las Naciones Unidas (Santiago de Chile, 24 de octubre de 1989).

La temática de la alfabetización es ya trillada en América Latina. Pero trillada sigue siendo también la problemática del analfabetismo, que no cede, como no ceden y más bien se agudizan las condiciones que lo reproducen.

Se aproxima el Año Internacional de la Alfabetización y, con él, se renuevan los ímpetus para encarar toda una década prometida de esfuerzos alfabetizadores. Pero si ello no se acompaña de un intento serio, crítico y profundo de

sistematización y evaluación de lo hecho hasta hoy en este terreno, no hay demasiadas razones para pensar que las acciones emprendidas dejen mejores réditos que en el pasado.

Se me ha solicitado traer a reflexión la recientemente concluida Campaña Nacional de Alfabetización “Monseñor Leónidas Proaño”, realizada en el Ecuador entre mayo y septiembre de este año. Ella, a su vez, se nutrió de una revisión de la experiencia nacional acumulada así como de experiencias similares llevadas a cabo en otros países latinoamericanos. En este sentido, tanto por lo que intentamos superar y no lo logramos, como por lo que consideramos representan avances, la Campaña ecuatoriana resume, sin duda, una serie de lecciones que valdría la pena tener en cuenta para el necesario debate al que, como latinoamericanos, nos convoca la proximidad del Año Internacional de la Alfabetización.

De las campañas suele destacarse su valor y su dinámica sociales, por el perfil nacional que cobra la acción, por la amplia movilización que es capaz de generar, por su impacto múltiple no sólo sobre los directamente involucrados (alfabetizadores y alfabetizandos) sino sobre toda la sociedad. De las campañas suele cuestionarse, por otro lado, las limitaciones propias de toda acción masiva, los riesgos de la voluntariedad y la precariedad del recurso humano alfabetizador, así como las debilidades derivadas de una acción intensiva y puntual, monopolizadora de energías y acotada en el tiempo, que ha encontrado históricamente dificultades para engarzarse dentro de un programa educativo estable y de más largo alcance. La Campaña ecuatoriana, nuevamente, es una ratificación de algunos de esos pros y contras, de esas potencialidades y de esos límites.

La Campaña “Monseñor Leónidas Proaño”, centrada en una amplia movilización social y en la participación de cerca de 60 000 jóvenes estudiantes, puso sobre el tapete la posibilidad de realizar campañas de este tipo en situaciones no revolucionarias, recurriendo no al transplante de “modelos” sino a la búsqueda de definiciones propias, y confiando al propio proceso la capacidad de convencimiento de que ello era posible aun en un contexto como el nuestro y en una coyuntura de crisis, desmovilización y negativismo como la que predomina hoy en nuestros países. La polémica encendida y las resistencias de toda índole y procedencia que acompañaron a la Campaña desde el inicio, no pueden ser vistas sino como saludables en un país en el que la discusión educativa y la discusión político-ideológica son el monopolio de élites de oficio, y que hoy hemos visto copando todos los espacios de nuestra sociedad.

La Campaña contribuyó a destapar, en toda su crudeza, los enormes problemas y vicios de nuestro sistema educativo. La arraigada vigencia de una caduca ideología escolar, profundamente resistente a la innovación y al cambio, sustentada en valores autoritarios y métodos antipedagógicos, impregna con fuerza todo el quehacer educativo, convirtiendo en batalla campal y en gran conquista cada pequeña ruptura. De ahí que cada intento renovador planteado desde el

marco de la educación de adultos no puede dejar de lado y mucho menos sustituir la imprescindible y urgente transformación del sistema educativo formal, matriz básica en la que se configuran y reproducen todos los valores y prácticas del quehacer educativo de una sociedad.

Precisamente, uno de los objetivos y, sin duda, uno de los grandes méritos de esta campaña fue contribuir a poner el tema educativo en el centro de la discusión nacional, no sólo a través del contacto directo de los alfabetizadores con la realidad educativa del país, sino a través de un esfuerzo dirigido de estudio y análisis crítico expresamente orientado en esa dirección. A fin de capitalizar todo este proceso formativo, teórico y práctico, la Campaña concluyó con un Encuentro Nacional de Alfabetizadores Estudiantiles en el que éstos, desde su doble experiencia de estudiantes y maestros, fueron convocados a analizar la educación nacional y a hacer propuestas de cambio para la misma. Dicho Encuentro, al que asistieron cerca de 800 jóvenes alfabetizadores de todo el país, es un hecho sin precedentes en la historia del Ecuador. La Memoria del Encuentro, hoy en elaboración, es un testimonio valioso del punto de vista de la juventud sobre un tema que le compete de manera directa y vital y acerca del cual, sin embargo, difícilmente se le convoca a opinar y mucho menos a proponer.

La Campaña se planteó, en primera instancia, como una gran matriz de reflexión y transformación educativa nacional, más allá de los límites de la alfabetización y la educación de adultos. Aprovechando la dinámica y el espacio de la Campaña, buscamos remover esquemas educativos y actualizar conocimientos pedagógicos no sólo entre los alfabetizadores sino, sobre todo, entre los maestros. Destinatarios fundamentales del Plan de Formación de la Campaña fueron por ello los maestros, incorporados tanto a talleres específicos como a la lectura y estudio de los documentos de trabajo que fueron parte del Plan de Formación a Distancia, y los cuales produjimos y distribuimos semanalmente, durante ocho meses, con un tiraje masivo de 200 000 ejemplares y con un total de 32 números.

La Campaña mostró que entre los maestros, condenados ya por muchos a la mediocridad y al inmovilismo, existe avidez de aprendizaje, de avance, de compromiso con una tarea social. Pero comprobamos también que, dada la situación de partida de nuestros maestros, la profesionalización docente no sólo no es una garantía de calidad pedagógica sino un obstáculo al desarrollo de una concepción y una práctica educativa renovadoras. Uno y otro hecho no hacen sino abonar en favor de la necesidad de incorporar a los maestros a este tipo de tareas, precisamente como un espacio de apertura, avance y autovaloración que el sistema educativo y su propia práctica rutinaria no les ofrece.

La Campaña ratificó el valor de la incorporación de la juventud a la tarea alfabetizadora, no sólo por el reconocido e insustituible aprendizaje social que este tipo de campañas ofrece a la juventud, sino por lo que ésta es capaz de ofrecer en términos de una opción pedagógicamente renovadora y alternativa.

Fueron definitivamente los jóvenes estudiantes quienes mejor y más se acercaron a la concepción educativa de la Campaña, no solamente por su entusiasmo y vitalidad, sino por la receptividad al cambio y la disposición a aprender que supone plasmar una alternativa educativa dialógica, participativa, crítica, liberadora. De hecho, hemos visto repetirse en nuestro país situaciones y testimonios que habríamos creído posibles sólo en contextos revolucionarios. Lo que queda como lección, en definitiva, es que la juventud es juventud en todos lados, y que su fuerza dinamizadora y constructiva es altamente aprovechable, aquí y allá, para contribuir a resolver los problemas de nuestros países.

Buscando superar los marcos estrechos de capacitación que vienen privando en el ámbito de la educación de adultos y de la alfabetización, en particular, diseñamos un Plan de Formación articulado en dos líneas: una presencial, realizada a través de talleres multiplicadores que se reprodujeron, desde el nivel central hasta el nivel de base, en todo el país, con contenidos y modalidades diferenciados para cada sector y nivel, y otra permanente y a distancia, realizada fundamentalmente a través de los documentos de trabajo, los cuales empezaron a distribuirse, semana a semana, cinco meses antes del arranque de la alfabetización, y continuaron distribuyéndose hasta el final de la Campaña.

Alfabetizadores y profesores-guía contaron de esta manera no sólo con los materiales usuales -cartilla y manual de alfabetización- sino con una auténtica biblioteca de apoyo y consulta que cubrió tanto los aspectos pedagógicos como los aspectos sociales involucrados en la alfabetización. De hecho, dichos documentos fueron distribuidos regularmente no sólo entre los involucrados de manera directa en la Campaña, sino entre organizaciones populares, organismos no gubernamentales, universidades, medios de comunicación social, etcétera.

Por otra parte, y teniendo en cuenta las debilidades usuales que han mostrado en otras experiencias masivas los esquemas multiplicadores y en cascada, decidimos establecer el uso del video para el Plan de formación presencial. Aunque la calidad técnica de los videos dejó mucho que desear, éstos jugaron un papel clave en los talleres, logrando evitar en buena medida el deterioro y la distorsión de los conocimientos que suelen darse en un plan multiplicador masivo basado únicamente en la oralidad. Queda claro, por lo demás, que romper con lo convencional implica no sólo adoptar nuevas herramientas y técnicas, sino calificar recursos humanos en el campo del video educativo, si lo que se quiere es no sólo cobertura sino calidad.

Buscamos, asimismo, aprovechar el espacio de la Campaña para activar, dentro de ella, una campaña masiva de información, reflexión y estudio sobre nuestra realidad nacional. Tomando como eje y contenido de la alfabetización la Declaración Universal de los Derechos Humanos, construimos toda una serie social de los documentos de trabajo en la que se analizaron, uno a uno, dichos derechos, relacionándolos con su situación efectiva en el plano de la realidad: qué

pasa en nuestro país con la salud, la vivienda, la educación, la situación de los niños, de la mujer, etc. Buscamos, por esta vía, orientar y fortalecer ese “contacto con la realidad” que habrían de experimentar los alfabetizadores, no dejándolo librado solamente a la experiencia vivencial, sino apuntalándolo desde el conocimiento científico, actualizado y crítico de nuestra realidad nacional.

Para la elaboración de esta serie social acudimos al aporte de centros de investigación y organismos no gubernamentales de nuestro país apuntando con ello no sólo a la requerida científicidad de los análisis sino a una estrategia de involucramiento de la comunidad académica en la Campaña, a partir de su tarea y su conocimiento específico. Las dificultades de comunicación de las élites intelectuales, entrenadas en un discurso académico y formal, se hizo evidente en esta colaboración. Trabajar pedagógicamente los informes presentados, adaptándolos al perfil de jóvenes alfabetizadores de sexto curso de secundaria, fue una tarea compleja que debimos asumir por nuestra cuenta en la Dirección Pedagógica Nacional de la Campaña.

Reconociendo el fracaso de la alfabetización escolar y el creciente ejército de analfabetos funcionales que producen nuestras sociedades, nos propusimos ampliar la estrecha mira con que ha venido conceptualizándose y encarándose la problemática del analfabetismo, reducida generalmente a la categoría de aquellos que se autorreconocen como tales. Así, por un lado, convocamos como alfabetizandos también a aquellos que sabían escribir su nombre, reconocer las letras del alfabeto e incluso leer y escribir con muchas dificultades, a partir de una experiencia escolar previa. Así también, todo el Plan de Formación a Distancia, a través de la entrega semanal de los documentos de trabajo, constituyó de hecho un proceso de alfabetización para los propios alfabetizadores y maestros. Las dos evaluaciones del uso de estos documentos de trabajo, una intermedia y una final, revelan la dramática falta de hábitos de lectura y las dificultades de lectura comprensiva que tienen los estudiantes de último nivel de bachillerato en nuestro país. Las más de 15 000 encuestas llenas que hemos recibido de cada una de estas evaluaciones ameritan un estudio específico en esta línea, que sin duda será un valioso subproducto de la Campaña y un importante aporte a la comprensión del analfabetismo funcional ligado al sistema educativo en nuestro país.

Nos propusimos, asimismo, superar esa crónica falta de sistematización y evaluación que viene caracterizando a este tipo de procesos y, en general, al campo de la alfabetización de adultos. Desde el inicio nos planteamos, así, un periodo final de evaluación, incluido dentro del propio cronograma de actividades de la Campaña, así como la elaboración de un informe final dirigido al país. En esa etapa estamos actualmente, tabulando por un lado la encuesta de evaluación de la Campaña que fuera dirigida a los alfabetizadores, y poniendo en marcha, por otro lado, una encuesta dirigida a los alfabetizandos, en la que, entre otras cosas, se incluye un instrumento específico para evaluar la capacidad de lectoescritura alcanzada.

Por lo demás, a lo largo del propio proceso de la Campaña instrumentamos una serie de mecanismos de seguimiento y evaluación. Dentro del Plan Nacional de Seguimiento Pedagógico programamos una serie de encuentros tanto de alfabetizadores como de profesores coordinadores de las brigadas, empezando desde el nivel parroquial, cantonal y provincial, y concluyendo con un gran encuentro nacional de unos y otros.

Desmontar esa caja negra que suelen ser estos procesos, tanto en sus aspectos sociales como pedagógicos, es una necesidad ineludible no sólo desde la perspectiva del propio país y de la planificación de las etapas subsiguientes de educación de adultos, sino desde la perspectiva de la recuperación crítica y el avance teórico y práctico que requiere el campo de la alfabetización y de la educación de adultos en general.

La Campaña ecuatoriana ratificó que la voluntad y la esperanza de aprender están vivas entre los sectores populares, a pesar de la crudeza de su vida, la edad, el agotamiento, la batalla diaria por la supervivencia. Los cerca de 250 000 inscritos así lo demuestran, igual que el deseo de continuar estudiando de quienes se mantuvieron hasta el final. El tiempo de la lectura y la escritura aún no ha concluido, pese a la invasión de los medios audiovisuales de comunicación. Saber escribir el nombre, saber firmar, saber leer, saber escribir, saber hacer cuentas por escrito, continúan siendo elementos de dignificación humana que liberan de esa inseguridad y esa vergüenza ancestrales, socialmente construidas y penadas, de ser y sentirse analfabeto.

Igual que en campañas anteriores de esta magnitud y naturaleza, podría afirmarse que la capacidad de lectoescritura alcanzada llegó a cubrir, en términos generales, un nivel de alfabetización inicial, necesitado como tal de refuerzo y consolidación. Sólo la evaluación en marcha medirá objetivamente los resultados de aprendizaje así como el peso que tuvieron en ellos los diversos factores involucrados. Justamente por ser éste uno de los terrenos más espinosos y jamás evaluados tanto en campañas como en programas de alfabetización, nos interesa sobremanera llevar adelante una investigación evaluativa en torno a este aspecto específico.

De cualquier modo, los resultados no pueden valorarse por sí mismos, sino en comparación respecto de los resultados arrojados por otras campañas y programas similares, e incluso por el sistema formal de educación. Si aprender a leer y escribir es un proceso largo y complejo, no completado por el propio sistema educativo, como lo muestra toda una generación de flamantes bachilleres en nuestro país, no puede pedirse que una campaña de alfabetización logre, en corto tiempo, lo que 12 años de estudio no consiguen.

En esto, lo que está en juego es la necesidad de conceptualizar mejor la problemática misma del analfabetismo y la alfabetización y, dentro de este marco,

la necesidad de diferenciar descriptiva y analíticamente niveles y grados dentro de eso que, genéricamente, viene caracterizándose como “analfabeto” o “alfabeto”.

La Campaña ecuatoriana volvió, por otra parte, a evidenciar varios de esos límites y debilidades ya mostrados por esfuerzos anteriores similares. La prisa, la intensidad y vertiginosidad de la acción, las múltiples tareas y los escasos recursos humanos calificados disponibles, hicieron estragos una vez más. Las debilidades de planificación y las fallas organizativas, de gran repercusión en procesos masivos e intensivos como éstos, fueron evidentes.

Tampoco en este caso se ha logrado la necesaria y prevista continuidad inmediata de la Campaña a través de un programa de postalfabetización, y mucho menos la articulación oportuna de un programa regular de educación de adultos que dé no sólo cabida a los nuevos alfabetizados sino a la gran masa de población subescolarizada. Una vez más, la fase siguiente, hoy en preparación y a cargo de una instancia regular de dirección del Ministerio de Educación, deberá postergarse más allá de lo previsto, con los consiguientes costos sociales y pedagógicos que ello suele traer consigo.

Buscamos y experimentamos esa indispensable y anhelada coordinación con los organismos no gubernamentales. De hecho, quienes estuvimos al frente de la dirección de la Campaña fuimos agentes externos al Estado y al Ministerio de Educación, y varios de los que trabajamos a nivel central veníamos de centros de investigación o de educación popular. No obstante, la propia experiencia volvió a mostrarnos que esta coordinación de esfuerzos está llena de dificultades, de mutuos recelos y resistencias, abonados por una larga historia de desencuentros y visiones estereotipadas, tanto respecto del papel del Estado como del de los organismos no gubernamentales. Estos últimos, muchas veces idealizados en sus potencialidades, tampoco están en capacidad de asegurar, desde su práctica frecuentemente localizada y de pequeña escala, el suficiente personal calificado ni la experiencia para asumir acciones de la cobertura y complejidad como las que implica una campaña nacional de alfabetización.

Definitivamente, nuestro Estado y nuestra sociedad mostraron no estar preparados para encarar tareas de esta magnitud y vertiginosidad. Los comportamientos burocráticos e ineficientes, la falta de recursos humanos capacitados para las distintas tareas, incluso para las más elementales, se extienden más allá del Estado, comprometiendo a la sociedad toda. Fue y es, entonces, en estas condiciones que debe realizarse una tarea de esta naturaleza, tensionando y llevando al límite estructuras, ritmos, voluntades y capacidades, no ateniéndose a la realidad y a sus posibilidades sino precisamente forzándolas para extraer de ellas lo mejor que su elemento humano pueda dar.

La nuestra no fue ni podría haber sido, ciertamente, la campaña perfecta. Fue, de alguna manera, la campaña que los ecuatorianos estuvimos en capaci-

dad de realizar. Y es precisamente por imperfecta y perfectible que puede contribuir a la reflexión de otros y a la superación de viejos problemas.

Estamos a las puertas del Año Internacional de la Alfabetización y de una estrategia mundial de "Educación para todos" anunciada para la próxima década. Masificar la alfabetización, masificar la educación, es de esperar sean objetivos y tendencias predominantes. Es de esperar, asimismo, que todo ello se acompañe de una importante inyección de recursos financieros y que éstos se destinen prioritariamente a acciones de efectos visibles, concretos e inmediatos. Podemos ya anticipar la organización febril de reuniones y congresos a todo nivel, el impulso al intercambio de experiencias, la abundancia de folletería y documentación, circulando en todo el mundo y la proliferación de campañas y programas de alfabetización en diferentes países.

La propia historia de esfuerzos alfabetizadores en América Latina nos muestra ya con fuerza la necesidad de una revisión profunda de concepciones y prácticas. Esta historia, otrora renovadora e iluminadora de nuevas corrientes educativas, ha cedido paso a la inercia, a la repetición cansada o a la fácil modelización de experiencias, sin nutrirse de avances teóricos ni de fundamentaciones avaladas por la larga experiencia práctica acumulada. La alfabetización ha terminado configurándose como un campo de activistas y gentes de buena voluntad, como un espacio privilegiado de acción, no requerido de análisis, investigación, evaluación. No es pues de extrañar que continuemos entrampados en el círculo vicioso de la falta de recursos humanos calificados, la débil planificación, la improvisación, la mala calidad de nuestros productos, siempre justificados por la legitimidad y la urgencia de la acción.

Desde nuestra experiencia como ecuatorianos y como latinoamericanos, el desafío para la última década del siglo en materia de alfabetización no es más de lo mismo, sino más de algo mejor. La autocomplacencia y el triunfalismo ya han hecho mucho daño, contribuyendo al anquilosamiento, propiciando la cómoda ilusión de recetas y modelos, impidiendo verdaderamente aprender tanto de los errores propios como de los ajenos. El estudio, la calificación y la especialización, el análisis crítico, la sistematización teórica, la investigación científica, la programación y la evaluación sistemática han dejado ya de ser un lujo para convertirse en elementos indispensables de toda futura estrategia en este campo, si lo que está en juego es un genuino esfuerzo por llegar sin analfabetismo al año 2000.